

†

BOLETIN ECLESIASTICO**DEL****ARZOBISPADO DE TOLEDO.**

Este Boletín está dedicado á la circulacion de las comunicaciones oficiales del Arzobispado y demas que conyenga al interés del Clero.

LOS JUDIOS ESPECTADORES DE LA VENIDA DEL MESÍAS CUANDO NACIÓ CRISTO; FUNESTOS RESULTADOS DE NO HABERLE RECIBIDO.

Es una verdad demostrada en las Santas Escrituras que los hijos de Israel esperaban al Mesías, cuando la estrella de Jacob comenzó á esclarecer los horizontes de la Judea. No podían esperarle sino en virtud de las predicciones que denotaban suficientemente las circunstancias en que debía aparecer. Eran estas la destruccion del poder soberano de la tribu de Judá, y el fin de las famosas semanas de Daniel. De cualquier modo que se explique la célebre Profecía del Padre de las doce tribus no podemos dudar que connotaba al Mesías y al tiempo de su venida, y que esta no se verificaría hasta que el pueblo hebreo cesára en la soberanía. Que ya no la tenía cuando apareció Cristo, es una verdad con testimonios irrefragables demostrada. Herodes Idumeo era entonces Rey de Galilea, y un Gobernador romano mandaba en la Judea. Con respecto á las semanas de Daniel, cualquiera época que se señale para su comienzo, observaremos que vienen á concluir en la de J. C. De aquí debe-

mos inferir con sana lógica que en aquel tiempo los Judios no podian menos de esperar al gran Profeta.

Prevalidos de esta espectacion se levantaron necios impostores. ¿Cuál fué el origen de los Herodianos, que miraban á Herodes como el Mesías? ¿De dónde provinieron los falsos cristos que sublevaron á la Judea? ¿Por qué á Flavio Josefo, historiador de los Judios, le ocurrió la idea de dar el título de Mesías á Vespasiano? La razon filosófica de tales hechos no es otra sino la persuasion en que estaban los Judios de que entonces era el tiempo prefijado para la venida del Mesías; persuasion que pasó hasta los Gentiles, según testifica Suetonio.

Si es evidente que la nacion judía esperaba al Mesías, cuando se manifestó al mundo, no lo es menos que J. C. unió exactamente todos los caractéres del Mesías, trazados en los libros proféticos. Cristo nació, vivió, murió y resucitó, del mismo modo que el Mesías debía ejecutar todo esto. Los Judios no pueden, pues, desconocer al verdadero y unico Libertador sino con una profunda ceguera.

Empero ¿cómo podremos concebir que los Judios hayan podido negar hechos tan públicos como los referidos en el Evangelio? Su desvío no debilita la verdad. Este desvío puede provenir de una indiferencia que no examina cosa alguna, enfermedad harto comun en todos tiempos, principalmente en nuestro siglo. Tambien podia nacer su terquedad del amor al descanso, que rehusa saber lo que puede costar algun trabajo, ó de la prevención, que lo elude todo, y de la aversion, que llega hasta atribuir al espíritu de tinieblas, ó á causas puramente naturales las obras poderosas del Escelso.

Escusado es investigar cómo han podido los Judios resistir á la luz de tantos portentos y milagros hechos por el Mesías, señalándose tan claramente en las Escrituras su ceguera y reprobacion. Estamos advertidos del engaño que padecerían en el punto mas importante de la religion. Quanto mas general es la conspiracion contra el Señor y su Ungido, tanto mas nos aseguramos, y su juicio forma el nuestro para la oposicion al suyo. Nosotros creemos lo que ellos nos prohiben creer, adoramos al que ellos desprecian, y estamos ciertos de que seguimos

el camino verdadero, porque el Espíritu Santo nos enseña que ellos van extraviados.

Restaba otra prueba no menos auténtica y convincente, á saber, que los Gentiles adorasen al que los Judios pusieran en la Cruz, y esto se ha verificado de un modo tan patente como maravilloso. Este segundo prodigio, mas increíble que el primero, nos ha sido dado como una prueba última, con la que debemos tambien reconocer al verdadero Restaurador, á quien los Judios no quisieron reconocer. Sabemos que á él todo se rindió, que á su presencia los ídolos cayeron á tierra, como el de Dagon á la vista del Arca de la alianza; que los templos de Apolo; de Juno, de Júpiter, de los Dioses gentílicos se transformaron en templos del verdadero Dios; que la Cruz, símbolo de nuestra redencion, se enarboló sobre el Capitolio, y desde entonces adorna las diademas de los Césares; el universo entero se postra á los pies de Jesus, y porque los suyos no le recibieron, y le adoraron los estraños, se unen estas dos señales, y la prueba es completa de que él fué quien antes de su venida las dió á sus Profetas.

Si la esperanza de los Judios acerca de la venida del Mesías, cuando se verificó el nacimiento de J. C., si la ceguedad y desprecio de aquel pueblo á la doctrina y milagros de Jesus son hechos indubitables, no lo son menos su reprobacion, su dispersion, la espulsion de su patria, el desprecio de las naciones, su aversion universal. Las Profecias que anuncian á los Judios tantas calamidades están en nuestras manos. Ya no vemos á los antiguos pueblos á quienes aplaude y ensalza la historia. Los Asirios, Persas, Caldeos, Griegos y Romanos ya no existen. Nínive, Babilonia, Atenas y Cartago perecieron. La Francia no conoce ya á los antiguos Gaulas y Germanos: la Inglaterra no se acuerda de los Sajones y Daneses: nuestra España tiene olvidados á los Fenicios, Cartagineses, Romanos y Godos; todo está confundido. Empero los Judios, que son desde el principio del mundo, subsisten todavía.

Suponemos que los medios adoptados por Dios para la conservacion de los Judios, considerados en particular, nada tienen de sobrenatural y estraordinario. Mas á poco que reflexio-

nemos ¿no se advierte que la Providencia se interesa de un modo especial en la conservacion de este pueblo? ¿No es cosa singular que la aversion de las otras naciones conserve á los Judios? La aversion de los vencedores casi siempre fué la destruccion de la religion de las naciones vencidas. El aborrecimiento de los pueblos que dominaron á los Judios causó las mas crueles persecuciones y mortandades muy terribles; pero nunca llegó á esterminar los Judios, ni hacerles abandonar su religion. Nunca sufrió pueblo alguno tantas calamidades, ni subsistió por tantos siglos. Ningun otro pueblo, fuese ó no perseguido por su religion, la conservó por espacio de tanto tiempo. Los vencedores de los Judios, que parecian haber aniquilado á éstos, no existen ya; y los descendientes de Judá, desterrados y proscriptos por todas partes, se mantienen en casi todas ellas, y se perpetúan por aquello mismo que sirvió á desolar á todos los otros pueblos.

Hemos visto ya pasar mas de mil ochocientos años de miseria y cautiverio, sin que aun se descubra alguna señal de su remedio. El caso es sin ejemplo. No tiene este pueblo un solo lugar en toda la tierra que sea suyo, en el que pueda reclinar la cabeza ni sentar el pié, y no obstante se halla establecido y repartido casi por todas partes. La misma mano de Dios, que le persigue sin cesar, por haber crucificado á J. C., le sostiene y conserva hasta los momentos señalados, para que den testimonio á Jesucristo. Todo es digno de reparo en este pueblo. Los Judios, castigados y dispersos, dan testimonio no solamente de que esperaban al Mesías cuando se dejó ver en el mundo, sino de que real y verdaderamente ya ha venido. Los Judios llamados y convertidos darán un testimonio aun mas augusto. Los Judios subsisten por un continuo milagro para conservar á J. C. la raiz y la sucesion de los que algun dia creerán en él, dándole un testimonio perpétuo.

FIESTA DE LA INMACULADA CONCEPCION EN ROMA.

En todo el Orbe Católico se ha celebrado esta fiesta con grande pompa y solemnidad; pero Roma, la capital del mundo Católico; segun nos dice

El Pensamiento Español (Año 4.º, n.º 1219.) ha aventajado á todos los pueblos en la manera con que han festejado á la Reina del cielo y de la tierra. En cumplimiento de los decretos pontificios se celebraba por vez primera, y con presencia de Su Santidad, en la Capilla Sistina, el Oficio que Pío IX dictó á la Iglesia universal en sus Cartas apostólicas de 25 de Setiembre último; y segun refieren los corresponsales romanos aquella fiesta solemne fué realizada con la ovacion indescriptible con que saludó al Padre Santo el pueblo romano á su salida del templo. Ya el dia antes aquel pueblo habia tributado al Soberano Pontífice otro homenaje análogo, cuando Su Santidad fué á la Iglesia de los Santos Apóstoles, uniéndose á los romanos en aquella ocasion para acatar á Pío IX el nuevo Embajador francés, que salió al balcón de su casa, y arrodillado recibió la bendicion de Su Santidad.

CARTA QUE EL PAPA PÍO IX HA DIRIGIDO AL EMPERADOR NAPOLEON
SOBRE EL CONGRESO EUROPEO.

Magestad Imperial: La idea que V. M. manifiesta de poder establecer tranquilamente en Europa, y que quiera Dios que tambien en otra parte, con la cooperacion de los Soberanos ó de sus representantes, un sistema que calme los espíritus y devuelva la paz, la tranquilidad y el órden á las numerosas comarcas que por desgracia están privadas de estos beneficios, es un proyecto que honra en gran manera á V. M., y que con ayuda de todos, asistidos de la divina gracia, producirá los mejores resultados.

Por eso nos asociamos de todo corazon á tan laudable proyecto, y nos apresuramos hoy á asegurar á V. M. que llevaremos al Congreso toda nuestra influencia moral para que los principios de justicia, desconocidos hoy y pisoteados hasta el estremo, vuelvan á recuperar su puesto en provecho de la sociedad perturbada: para que sean atendidos los derechos violados reivindicados en ellos los que sufrieron la violencia, y sobre todo para que se restablezca especialmente en los países católicos la preeminencia real que pertenece naturalmente á la Religion católica, como única verdadera.

V. M. no dudará, de seguro, que el Vicario de Jesucristo, ya por el deber que le impone su representacion sublime, ya por su conviccion que tiene de que la fé católica unida á la práctica es el único medio de moralizar los pueblos, no puede, aun en un Congreso político, faltar á la obli-

gacion de sostener con el mayor vigor los derechos de nuestra muy augusta Religion, que es una, santa, católica, apostólica y romana.

La confianza que manifestamos de haber reivindicado los derechos violados, nace del deber de conciencia que nos impone su tutela. Al mostrarnos llenos de solicitud por estos derechos, no queremos que V. M. suponga jamás ni que ponemos en duda los que son propios á esta Santa Sede, puesto que, aparte de otras causas que militan á su favor, tenemos las seguridades que V. M. ha dado muchas veces y hecho dar públicamente, seguridades de las que no puede dudarse sin hacer una injuria, viniendo como vienen de un Soberano tan alto y poderoso.

Sentados estos preliminares, oportunos en concepto nuestro por lo mismo que conocemos el pensamiento de V. M., nos complacemos en añadir que aplaudimos los progresos materiales, y que descamos que los pueblos puedan disfrutar apaciblemente de sus efectos, tanto por el provecho que pueden proporcionarles, como por la ocupacion que en ellos encuentren. No podríamos decir lo mismo si se nos invitase á satisfacer ciertas aspiraciones de algunas parcialidades de esos pueblos, aspiraciones que no pueden conciliarse con los principios arriba enunciados.

Abrigamos la esperanza que V. M. con su alta penetracion reconocerá en nuestra franca respuesta el carácter de lealtad que distingue siempre los actos de la Santa Sede; y al propio tiempo el testimonio de la grande estimacion que tenemos á su augusta persona, á la cual no hemos dudado un solo instante en hablar tan claramente en asunto de tanta importancia.

Con la seguridad de nuestro paternal afecto enviamos á V. M., á su augusta esposa y al príncipe imperial nuestra bendicion apostólica.

Dado en nuestro Palacio del Vaticano á 20 de Noviembre de 1865. =
Pio P. P. IX.

UN MILAGRO DE LA GRACIA.

El año pasado, durante la octava del Corpus, la procesion del Santísimo Sacramento de la parroquia de Meudon, cerca de Paris, descansó junto á un altar provisional, en el que se colocó la Custodia, y allí se cantó un motete. Una señora protestante quiso tomar parte en la ejecucion de este motete y cantó con voz encantadora la estrofa *O salutaris hostia*. Algunos instantes despues se vió á dicha señora ir á arrodillarse

en las gradas del altar provisional, y el Sr. Cura, segun costumbre, la bendijo con la misma Custodia. ¿Qué ocurrió en aquel momento supremo? Nadie lo sospechó siquiera. Pero mientras que el Párroco imploraba las bendiciones del cielo sobre aquella persona, á quien se complacia de ese modo en dár gracias por el concurso que su canto habia prestado á la ceremonia, una voz interior se hizo oír en el corazon de aquella señora, voz tan fuerte, tan penetrante, que una turbacion escesiva se apoderó de todo su ser. Un milagro de la gracia acababa de obrarse, y desde aquel momento, dócil á ese llamamiento tan manifiesto del Dios eucaristico, resolvió instruirse en la religion católica. «Dios, decia ella, hablando de sus tormentos y de sus luchas interiores, quiere algo de mí.» Se dirigió, en fin, á un Sacerdote ilustrado, cuyos santos consejos oyó gustosa. Poco tiempo despues volvia á ver al Párroco de Meudon, y le confesaba que el dogma de nuestra fè sobre la Madre de Dios le dejaba aun dudas terribles. El buen Sacerdote le aconsejó la lectura del mes de María por Mons. Pavy, y el 29 de Octubre último, en la capilla de los PP. Jesuitas, calle de Sevres (París), el Sr. Cura de Meudon era llamado para presenciar la abjuracion de aquella hija de Lutero. (*Semaine Catholique de Tolosa*).

HEROISMO DE UNA JOVEN PIADOSA.

Es preciso casi remontarse hasta las historias de los Santos, dice Mr. Marc. Girardin, Director de la Academia francesa, en su discurso sobre los premios de virtud, pronunciado en la sesion pública anual del presente año, para hallar relaciones por el estilo de la que tengo que hacer, y aun ese es un recuerdo que para ello me dá valor. Una piadosa y santa jóven se consagró toda entera, desde su juventud, al cuidado de los pobres. En su ciudad natal se ha hecho enfermera de los pacientes abandonados á causa de su miseria ó de la naturaleza de sus enfermedades. Era bella, tenia un pequeño patrimonio, y quisieron casarla. «No, dijo, no quiero ser infiel á los pobres y á los enfermos; ellos son mis maridos, y continuó yendo á cuidar á sus queridos enfermos, saliendo sin cesar, sola, de noche, de dia, siempre respetada, siempre conocida. Cierta noche, sin embargo, un hombre, extranjero sin duda, se le acercó y le hizo indignas proposiciones. «Seguidme,» contestó la piadosa enfermera sin desconcertarse, y le condujo á un no sé que misera-

ble cuarto donde yacian enfermas y casi moribundas en un solo y mismo lecho una madre y una hija á quienes prodigaba desde hacia largo tiempo sus cuidados. «Hé aquí mi retrete, caballero» dijo. El hombre se estremió, conoció el lazo en que habia caído, y arrojando su bolsa sobre aquel lecho de dolor se retiró lleno de confusion y de respeto.

VARIEDADES.

Los periódicos italianos han insertado exposiciones colectivas de los Obispos de Plasencia y Módena contra un decreto hipócritamente regalista de Victor Manuel, relativo al *exequatur*, y otra exposicion de los Prelados de Nápoles, protestando con igual celo y valor contra una circular del ministro Pisanelli, autorizando los matrimonios mistos. Estas exposiciones han sido llevadas al Consejo de Estado.

El Gobierno italiano ha recogido una pastoral del Obispo de Pesaro, que combate el protestantismo y encarece el culto de la Santísima Virgen.

El Dr. Wately, Arzobispo anglicano de Dublin, murió hace poco mas de dos meses, despues de haber disfrutado por espacio de treinta años las rentas de su Sede. Este hombre, famoso entre los protestantes por su talento, amaba estraordinariamente las paradojas. Publicó una *Apologia de Judas*, y su obra maestra en este género es su libro titulado *Dificultades históricas sobre la existencia de Napoleon*, en la que prueba de una manera contundente que hay mas de una razon para creer que el gran hombre de la Francia es un mito.

Se ha generalizado el rumor que corría en Bilbao algunos dias há acerca de la existencia en aquella vecindad de un agente propagandista de sociedades bíblicas protestantes, el cual, según se decía, se introduce en las casas ofreciendo gratis algunos libros y encomiando las escelencias de su religion. «No tenemos, dice *El Euscaliduna*, datos suficientes para confirmar esos rumores ni para desmentirlos; pero sí la firme persuasion de que nuestras dignas autoridades cumplirán en todo tiempo el sagrado deber de velar por la integridad de nuestra sacrosanta religion católica, apostólica, romana, persiguiendo en el círculo de sus atribuciones á los propagadores de cualquiera otra que intentasen ingerir en nuestro suelo.»

En Sevilla algunas personas piadosas, animadas del mejor celo, trabajan con incesante anhelo en rescatar libros malos, comprándolos para quemarlos despues, reemplazándolos por libros buenos de la *Liberia Religiosa de Barcelona*, de la Biblioteca de Tejado de Madrid y de algunas otras. Parece que en la última quema se redujeron á pavesas nuevecientos setenta y nueve libros prohibidos por la Iglesia.

EDITOR, JOSÉ DE CEA.
